

La formación preuniversitaria de Iñigo de Loyola

LUIS FERNANDEZ MARTIN,

Al cerrarse el V Centenario del nacimiento del Fundador de la Compañía de Jesús es oportuno que la revista «Padres y Maestros» aporte también su contribución al conocimiento de los aspectos docentes y educativos de la juventud de Iñigo de Loyola. Subyugados por la luz de la santidad reconocida por la Iglesia se corre el peligro de olvidar la etapa juvenil de la vida de Iñigo, los años en que se forjaron los pilares de su personalidad humana, el soporte sobre el cual iba a operar luego desde su conversión la gracia de Dios.

drástica: enviar a su hijo menor, Iñigo, a casa del Contador Mayor de Hacienda del Reino para formarle allí junto con sus doce hijos y prepararle, sobre todo, en Contabilidad, para un día colocarle en un puesto digno en la Administración Pública, o, como se decía entonces, en la Casa Real. Todo con el poderoso influjo de su protector, Don Juan Velázquez de Cuéllar.

No cabe duda que la personalidad de

PRIMERAS LETRAS, EN FAMILIA

En este trabajo nos fijamos exclusivamente en la etapa preuniversitaria de la juventud de Iñigo, lo que hoy llamaríamos primeras letras y enseñanzas medias o secundarias. Iñigo fue universitario y cursó siete años en la Universidad más célebre del mundo, la Sorbona de París. Allí, en 14 de marzo de 1535, obtuvo el título de Maestro en Artes, es decir, Doctor en Filosofía. Más tarde, en París y en Venecia, cursó los estudios teológicos. A principios del siglo XVI no existían centros educativos públicos ni privados donde se impartieran las enseñanzas medias, si se exceptúan algunas escuelas anejas a ciertas catedrales o abadías. Las familias adineradas contrataban a «un maestro de enseñar niños» para que en sus propias casas principales diera lecciones a los vástagos de aquella opulenta familia, enseñara a leer de corrido, de molde y de tirado; a escribir, a realizar las cuatro reglas: sumar, restar, multiplicar, dividir y mediodividir. Algunas veces entre gentes de inferior categoría económica se enviaba al niño como pupilo a vivir en casa del maestro por una serie de meses.

Para los más, la formación preuniversitaria se adquiría asimilando experiencias y recogiendo enseñanzas de los diversos medios ambientales: el familiar, el doméstico, con la lectura de li-



CASTILLO DE AREVALO, DONDE IÑIGO SIRVIÓ AL CONTADOR MAYOR DEL REINO

bros, con la asimilación de nuevas traídas por viajes, correos, canciones populares e incluso extraídas de la disciplina deportiva y caballeresca. Este fue el proceso formativo de Iñigo de Loyola. Hasta los quince años moró en su casa-torre en el seno de su familia. Allí se soltó a leer y a escribir. De seguro que también aprendió las oraciones comunes del cristiano. Poco más.

AREVALO: EN CASA DEL CONTADOR MAYOR DEL REINO (1506-1517)

A los quince años, Don Beltrán de Loyola, su padre, tomó una resolución

cada individuo viene marcada por la herencia genética y por la primera educación recibida ya en la cuna. Pero los años decisivos en los que se forja la propia personalidad, cuando se fija el concepto de la vida que ha de orientar luego toda nuestra actividad son los años que corren de los quince a los veinticinco. Y estos años decisivos Iñigo los pasó en Arévalo. Los biógrafos antiguos del Fundador de la Compañía de Jesús, atentos a realzar la santidad de su biografiado, pasaban por alto los años anteriores a la conversión. Su narración ocupaba dos líneas en su historia. Si algo más se decía era para

remarcar ciertos aspectos negativos de la juventud de Iñigo: mundano, travieso, dado al juego, peleón y mujeriego. En fin, «soldado desgarrado y vano». Cuando la verdad es que Iñigo recibió en Arévalo una formación humana y profesional completa y adecuada para lo que entonces se podía esperar.

Durante once años Iñigo fue asimilando múltiples elementos formativos extraídos de los varios círculos ambientales en los que se movió. Todo lo que le rodeaba durante tan largo lapso de tiempo influyó positivamente en el desarrollo de sus cualidades y en el equipamiento de su inteligencia. En primer lugar, el ambiente familiar que le rodeó en Arévalo moldeó insensible pero eficazmente la sensibilidad del joven vasco. El nivel de vida del Contador Mayor era el propio de un alto burócrata que vivía en un palacio real. Vestidos, vajilla, servicios, servidores, todo sirvió en numerosas ocasiones para albergar en aquella misma casa a los Reyes Fernando y Germana de Foix.

El cabeza de familia, Juan Velázquez de Cuéllar, fue, según G. de Ayora, «vir bonus, litteris ac verae virtuti deditus». Hombre cabal, aficionado a las letras y dotado de verdadero valor. Sandoval le describe como «hombre cuerdo, virtuoso, de generosa condición, muy cristiano, tenía buena presencia y conciencia temerosa». Su esposa, la señora de la casa, Doña María de Velasco, era «muy hermosa, generosa y virtuosa y muy querida de la Reina Isabel». Algunas sombras planearon en su entorno después del fallecimiento de la Reina Católica. Aduladora en exceso de la nueva Reina Doña Germana de Foix le ofrecía continuos y suntuosos banquetes. Acaparó joyas y objetos de valor en la almoneda de los bienes muebles de la reina difunta. Gustaba de hacer ostentación de su alto nivel económico. En definitiva: una familia cristiana tildada de algunos de los vicios típicos del Renacimiento.

IÑIGO, CON LOS 12 HIJOS DEL CONTADOR MAYOR

En aquellas piezas palaciegas, alfombradas, cubiertos sus austeros muros con ricos tapices de verduras o bosque, o bien de «historias» de la Mitología,

o de la Biblia o adornados con guardamecias y cordobanes, perfumadas las estancias por braseros que además de ahuyentar el frío abulense ofrecían agradables olores de benjuí o estoraque pasó sus días el joven Iñigo en buena amistad con los doce hijos del Contador Mayor, la mitad varones, la otra mitad mujeres. Ellos formaron el círculo de amistades influyéndose mutuamente durante muchos años. El primogénito, Gutierre, heredaría el mayorazgo; Miguel llegó a ser «Aposentador Mayor» de la Emperatriz Doña Isabel y más tarde del Rey Don Felipe II. Agustín sirvió al Infante Don Fernando y murió en Alemania. Los tres últimos fueron clérigos: Juan profesó como presbítero en la Orden de Calatrava; Arnao llegó a ser Deán de la Catedral de Santiago de Compostela; Antonio fue Capellán del Emperador. Estos seis chicos, más Alonso de Montalvo, joven arevalense que se crió también en la casa del Contador Mayor, daban un tono mitad castrense, mitad clerical a la panda. No olvidemos que en este palacio real de Arévalo funcionaba una capilla al cuidado del Bachiller Cristóbal Gómez. Este buen clérigo, además de la Misa diaria y otras devociones, daría clase a los más pequeños y a Iñigo de Loyola de Latín, Catecismo, Música y Caligrafía.

RETORICA, POETICA, CALIGRAFIA, MUSICA

Pero Iñigo tuvo además otros profesores. Es sabido que la Corte, en tiempo del Rey Católico y en el del Emperador, se reunía una o dos veces al año, cada vez en una ciudad: Burgos, Valladolid, Toledo, Sevilla, Compostela o La Coruña y a ella acudía la Familia Real, los aristócratas, los Obispos, los funcionarios de más alto rango, los pajes y damas de la Reina y todo por espacio de uno o varios meses. Iñigo nunca tuvo nombramiento ni sueldo de paje pero sabemos por sus contemporáneos Alonso de Montalvo y Rodrigo de Portuondo que sirvió al Rey Fernando unas veces en Arévalo y otras en la Corte. En cuatro o cinco ocasiones estuvo hospedado el Rey Fernando en el palacio real de Arévalo entre 1506 y 1516. Pero todos los años, una o dos temporadas, iba Iñigo

con la familia de Velázquez de Cuéllar a la ciudad donde se reunía la Corte. Allí asistía con los pajes a las lecciones de Pedro Mártir de Anglería, que enseñaba Retórica, Poética y Caligrafía, y a las de su paisano y lejano pariente Juanes de Anchieta, de Música. Iñigo pudo utilizar para esta disciplina los libros y cartapacios de Música, de Canto Llano y de Canto de Organo que pertenecieron al malogrado Príncipe Don Juan y que compró Doña María de Velasco para sus hijos en la almoneda de los bienes muebles de la Reina Isabel. Allí descubrió Iñigo su veta sensible para la música que vibró toda su vida. Cuando, General de la Compañía en Roma, entraba en una iglesia donde se hacía música, quedaba tan embelesado que no acertaba con el momento de salir de ella.

LOS LIBROS DE CABALLERIAS

En casa de Juan de Velázquez la curiosidad de Iñigo encontró pábulo abundante en los libros de caballerías. Todos los Amadis, Esplandianes, Lisuartes, Percevalos y Tristanes estaban en los anaqueles del palacio real de Arévalo. Su lectura fue una especie de droga que le impulsaba a hazañar, a conquistar gloria, a superar singulares eventos que poder ofrecer a una dama de sus pensamientos que era más que condesa o que marquesa. También leyó un libro de caballerías «a lo divino», titulado: «Del pelegrino de la Vida Humana», traslado de la vida del caballero andante a la del caballero convertido, que vestido de saco, descalzo, pide limosna para ayudar a los más necesitados y peregrina con rumbo a la Tierra Santa de Nuestro Señor. Su lectura influyó poderosamente en la vida de Iñigo recién convertido.

Los libros de caballerías no sólo incentivaban para hazañas irreales y fantásticas, sino que educaban y formaban criterios sanos y recomendables. El «Amadís» no era una novela irreligiosa, por el contrario, el Rey Lisuarte como el propio Amadís y su familia Orana respetan a la gente de Iglesia y con sus hazañas procuran «el ensalzamiento de la Fe católica». Es más, el propio Amadís intenta, una vez convertido, practicar la vida eremítica. En este mismo libro se define el fin de la caballería:



ESCUDO DE LOS REYES FERNANDO E ISABEL.

«guardar la justicia y la paz entre los hombres y conservar la virtud y dar a cada uno lo suyo con derecho». Según Miguel de Cervantes los caballeros han de matar la soberbia con la humildad, la envidia con la generosidad y buen pecho, la ira con el reposado continente y quietud de ánimo... a la lujuria con la lealtad... buscando ocasiones que nos hagan sobre cristianos, famosos caballeros».

CORREOS Y ROMANCEROS

Es cierto que entonces no existían los medios de comunicación social que hoy nos dominan, pero las nuevas llegaban a Arévalo casi cada día en boca de los correos de a pie y de a caballo, de los romanceros populares que canturreaban en plazas y callejas, en los salones donde recitaban los poetas cortesanos. Una elemental formación política recibió Iñigo de su contacto con uno de los más altos funcionarios del Estado y de las gentes que a él llegaban. Allí Iñigo comprendió y asimiló el esquema de la monarquía absoluta de Fernando e Isabel, que luego él, con las debidas acomodaciones, implantó en las Constituciones de la Compañía de Jesús.

LA GRAN EMPRESA DE LOS REYES HISPANICOS

La ola de descubrimientos en el ámbito de las Coronas de España y Portugal dio origen a una corriente

impetuosa de mesianismo. Hasta Arévalo llegaban las profecías que programaban para los Reyes Católicos el papel de conquistadores del Santo Sepulcro. Tras el final de la Guerra de Granada, tras el descubrimiento del Nuevo Mundo, la «gran empresa» reservada a los reyes hispanos era la conquista de Jerusalén con la humillación del Islam. Un eco de esa «gran empresa» queda recogido en la Meditación del Rey Temporal que Iñigo nos ofrece en sus Ejercicios.

«El que viaja mucho ve mucho y sabe mucho», escribió Miguel de Cervantes. E Iñigo desde Arévalo viajó con frecuencia tras de la Corte ambulante a las ciudades más importantes del reino. La multiforme España de las primeras décadas del siglo XVI desfiló ante los asombrados ojos del joven vasco enseñándole muchas cosas. Con frecuencia acompañaría a Juan Velázquez con la tropa de sus hijos en sus viajes a Avila donde lentamente se alzaba en Santo Tomás el maravilloso sepulcro del Príncipe Don Juan cincelado por Doménico Fancelli a cuyos pies una lápida en piedra recuerda el singular afecto con que el Contador Mayor sirvió al malogrado heredero.

EL TROTE, EL GALOPE Y LA MARCHA LIGERA

La actividad deportiva, esencial en el mundo joven, contribuyó también a la formación integral de Iñigo. El no-

vel caballero tenía que dominar a la perfección la técnica del montar a caballo: el trote, el galope, la marcha ligera, los saltos, las corvetas, todas las modalidades de la equitación tenían que ser asimiladas por el joven caballero. Los hijos de Velázquez y también Iñigo contaban con guarniciones de terciopelo carmesí con flocaduras de hilo de plata, los estribos y las espuelas doradas. El aprendiz de caballero tenía que saber manejar las armas largas y cortas: lanzas, espadas, azconas... Todo para una ocasión bélica, si se presentara, o en todo caso para participar en justas y torneos. La preparación y también el sustitutivo de la lucha armada era la caza de altanería y la caza con ballesta. Esta se usaba en la caza a pie o a caballo de liebres, conejos y palomas y con la ayuda de galgos, trampas y armadijos.

Con todas estas experiencias ambientales Iñigo recibió a lo largo de once años en Arévalo una muy cumplida formación en varios sectores de la preparación humana. La educación cortesano - caballeresca, el esquema político que trasladaría luego a las Constituciones de la Compañía y, por fin, la educación administrativa necesaria para ocupar un puesto distinguido en la Casa Real.

SER CABALLERO, UN ELEMENTO ASCETICO

El ser caballero —escribe el Prof. R. García Mateo— suponía un reconocimiento público de virtud. Según R. Lullio «así como los jueces tienen oficio de juzgar, los caballeros tienen oficio de mantener la justicia». Siempre que se profesa el ideal caballeresco en toda su pureza se constata un elemento ascético hasta el punto de encontrarle estrechamente relacionado con el ideal monástico.

Así como la caballería reprimió las fuerzas indómitas de la opresión y de la venganza, también sublimó el trato con la mujer introduciendo un elemento de respeto, reverencia-finura y aun de valor estético y de ensoñación de ideal. A la dama de sus pensamientos se le obsequiaba con hazañas, más o menos heroicas, con expresivos motes en sus escudos labrados en ceñida prosa o en armoniosos versos.

El culto al honor era la espina dorsal de esta clase social. La ofensa, aun la puramente verbal, contra el honor propio o de un miembro de la familia exigía ser lavada con sangre. Iñigo aprendió esta norma porque la vio muchas veces guardada en la familia Velázquez. Por eso la puso en práctica en Pamplona cuando le hicieron bajar de la acera o más tarde, cuando consideró una injuria a María la opinión del morisco aragonés. De su larga estancia en tierras abulenses Iñigo se llevó una formación cortesano - caballeresca con sus grandes ideales y con una concepción del hombre y del mundo de alto contenido religioso - estético. Tras la mutación de 1521 Iñigo siguió siendo un caballero pero «a lo divino».

«REY, POR LA GRACIA DE DIOS»

En el momento de su conversión, tras la herida de Pamplona, en el silencio de su casa-torre, su mente estaba ya equipada con una buena munición de ideas políticas, las que él había vivido. El sujeto del poder era un «Rey elegido de la mano de Dios», rey «por la gracia de Dios» según la teoría política de la monarquía absoluta. Los españoles de aquel momento veían la mano de Dios enderezando la anarquía del reinado de Enrique IV y aportando un orden nuevo. Pero esta aureola de lo sobrenatural y este poder absoluto no habrían de utilizarse en beneficio propio, sino en el de todos los súbditos del reino. El Rey ha de ser «liberal y humano».

Mirando al ancho mundo el Rey Fernando o el Emperador Carlos no veían concluida su misión con haber puesto la cruz en la Torre de la Vela granadina ni con haber comenzado a bautizar el Nuevo Mundo. Les quedaba asignada una nueva gran empresa: «Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles», es decir, avasallar al Islam, conquistar Jerusalén, restaurar el Santo Sepulcro, llevar en asamblea solemnisima al Papa y a todos los Príncipes Cristianos a celebrar este magno acontecimiento. Y para ello, tras conquistar Túnez, Orán y Argel, correr por toda la orla mediterránea de Africa, el llamado «iter hierosolimitanum» hasta llegar a la Tierra Santa. La política exterior de los Reyes sería: «Paz entre



ESCUDO DE LA FAMILIA LOYOLA

Cristianos y guerra contra el infiel». Con estas ideas ya tenía Iñigo en su mente un esquema organizativo para su obra, la Compañía de Jesús. Su Preposito General habría de ser tan liberal y humano como el modelo regio que él había diseñado en sus Ejercicios.

LLEGO A SER «MUY BUEN ESCRIBANO»

De su estancia en Arévalo en casa del Contador Mayor de Hacienda del Reino Iñigo se llevaría una preparación administrativa y contable tal que le habilitaría para situarse en un puesto destacado en el escalafón de los servidores burocráticos de la Casa Real. Iñigo comenzó por adiestrarse en la caligrafía porque llegó a «ser muy buen escribano» con letra de elegante trazo renacentista. Con ella fue Iñigo gran escritor de cartas, más de 7.000 conocidas. «Gustaba mucho Iñigo de considerar lo que escribía y mirar y remirar las cartas escritas y examinar cada palabra, borrando y enmendando lo que le parecía y haciendo copiar la carta algunas veces», como escribe Ribadeneira.

Cada día llegaban a Arévalo los pliegos de las cuentas desde diversas partes del reino: ingresos y gastos, beneficios de las salinas de Atienza o de las de azogue de Almadén, renta de los puertos secos de la raya de Portugal, de los diezmos de la mar... Los escribanos de oficio, los hijos mayores de Juan Velázquez y el propio Iñigo trasladarían el contenido de estos pliegos a los grandes libros de Contaduría Mayor de Hacienda que hoy duermen en el Archivo General de Simancas. En estos trabajos, oyendo las instrucciones del Contador Mayor, asimiló Iñigo la claridad de conceptos, el sentido de la

organización, el orden y la precisión, cualidades que tan de relieve se advierten en todos sus escritos como General de la Compañía. Su calculado modo de proceder, la pericia en materia de finanzas y la actividad administrativa tenían sus raíces en Arévalo. Porque Iñigo en casa de Juan Velázquez así como al servicio del Duque de Nájera en Pamplona fue siempre un administrativo, nunca un soldado profesional ni menos un «capitán esforzado».

SU PREPARACION PREUNIVERSITARIA

Equipado con estos saberes, dueño de estos hábitos, madurada su vocación en la soledad de su convalecencia loyolea, tras los intentos frustrados de peregrinar y establecerse de por vida en Tierra Santa, vetado por el Santo Oficio su proyecto de armonizar estudios con actividad apostólica en la erasmista Alcalá de 1527, llamó Iñigo, meses después, a las puertas de la Universidad de la Sorbona para enfrascarse en unos estudios sistematizados y absorbentes de Filosofía y Teología. El candidato a estudiante de París no llegaba desnudo y desamparado, traía su escarcela bien repleta de sabidurías recogidas durante años en círculos ambientales, en cátedras palaciegas, en librerías domésticas, en actividades caballerescas y deportivas. Todo ello constituía la preparación preuniversitaria que Iñigo logró recolectar durante su juventud.

* Para este artículo nos hemos inspirado directamente en nuestro libro: «Los años juveniles de Iñigo de Loyola», Valladolid, 1981, y en diversos artículos del Prof. R. García Mateo, de la Facultad de Filosofía (Munich) y de la Universidad Gregoriana (Roma), publicados en «Manresa», «Gregorianum», «Letras de Deusto» y en otras revistas.